

vestido, y en seguida se oyeron pasos como de cuerpo viejo que hufa trabajosamente.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Su voz robusta pareció grito de niño abandonado.

Oyóse un violento portazo, dado ya en habitación lejana, y aquella horrible respuesta resonó en sus oídos más triste que caer de tierra sobre féreteo.

Un instante después estaba fuera: el portón de las *Hijas de la Salve* giró sin ruido sobre sus goznes; Pepe permaneció unos instantes junto á la misma entrada del convento, inmóvil, vencido de dolor, queriendo y sin poder llorar.... Anduvo unos cuantos pasos.... Miraba y no veía lo que tenía delante.... El eco del portazo no se apagaba nunca en sus oídos. De pronto, acordándose de su padre, apretó el paso, y de allí á poco se internó en las calles de Madrid.

XXX

En veinte días quedó realizado el proyecto de Pepe. Un agente de los llamados *corredores de quintos* tomó á su cargo al asunto, y como el interesado se hallaba dentro de todas las condiciones exigidas por la legislación de aquel tiempo, no hubo entorpecimientos, que á veces la suerte facilita los intentos tristes tanto como suele estorbar los halagüeños. Gracias á la escasez de sustitutos, los que por entonces se prestaban á serlo eran relativamente bien retribuidos. Quedó pactado que, aparte la ganancia del mediador, recibiría Pepe cerca de cinco mil reales. Un caballero, amigo de Millán, prometió después interesarse para que fuese destinado al batallón de escribientes ó á la imprenta del Ministerio de la Guerra, pues

lo principal era evitar que saliera de Madrid, propósito difícil de conseguir durante aquellos días, en que los poderes públicos se veían obligados á echar mano de todos los cuerpos é institutos militares para combatir la insurrección carlista, que ya merecía el maldito nombre de guerra civil. Pepe entró en caja, siendo destinado á un regimiento; pero las recomendaciones buscadas por Millán fueron tan eficaces que, merced á ellas, pudo hacerse á favor de su amigo una de esas combinaciones en que la interpretación de las leyes se amolda á los antojos de la influencia. Primero ingresó en una de las oficinas de la Dirección de Infantería, con permiso para dormir en su casa, y á las pocas semanas, como era bachiller, previo cierto examen que exigía la legislación vigente, fué ascendido á alférez y destinado á prestar servicio en el mismo centro militar. Con esto y los cinco mil reales, la situación de la familia mejoró bastante. En don José, que con los años y el dolor iba haciéndose egoísta, pudo más el orgullo de tener hijo de tales arranques que el miedo á las consecuencias de su hermoso rasgo. Por otra parte, el temor de que le destinaran al ejército de operaciones le parecía amenaza de un mal le-

jano y demasiado horrible para ser fácilmente admitido como inmediato.

Lo que no corrigieron los 5.000 reales, ni era remediable con todos los tesoros de la tierra, fué la conducta de doña Manuela, que desde la tarde en que Pepe estuvo en el convento acentuó su actitud, fundada en el silencio y el alejamiento del hogar. A semejanza de estudiante calavera que está en su casa lo menos que puede, ella iba á la suya á las horas en que Pepe trabajaba, temerosa de tropezar con él, y cada cuatro ó seis días se quedaba una noche á dormir en la hermandad. Leocadia se hizo cargo de la asistencia del padre, pero de mala gana, sin renunciar á las visitas á la sala de ventas ni dejar de frecuentar la capilla. Desde por la mañana conocía Pepe cuando tenía intención de salir, viéndola dar cien vueltas á los pocos trapos que tenía y peinarse comodamente que va de baile: algunos días lo evitaba, otros transigía, recelando que una disputa lo empeorase todo. Ya imaginaba que iba haciéndose llevadero su infortunio, y tal vez fuese necesario recurrir al extremo de trasladar á don José á casa de Engracia, cuando simultáneamente se le echaron encima dos contrariedades de tal magnitud, que cada una

por sí sola era bastante á precipitar aquella resolución. Ambos golpes se anunciaron con amagos.

Una tarde, la encajera del portal, destinada á darle malas nuevas, le detuvo y le habló así:

—Tengo que *icirle* á Vd. una cosa, señorito... pero no se va vd. á enfarruñar conmigo.

Hizo él al oírla un gesto, que equivalía á un *¡por qué!*, y prosiguió la vieja:

—*Misté*, D. Pepito, *ta verdá* me han *dao* intenciones de callarme, porque vd. ya lo sabe, en *deciócho* años que *yevo* aquí, *mayormente* nunca me he *metío* en *ná*. Pero... en fin, que me da lástima de vd.

—¿Qué ocurre? ¡Hable vd!

—Permita Dios que me equivoque; pero *me se* figura que el día menos *pensao* le van á dejar á vd. *plantao*, sin tener quien haga *tan siquiera* la cama al papá.

—¿Mi hermana.....

—Dió vd. con ello: la señorita me *paece* que se va á torcer. Unas veces *vi-ne* un mozo de cordel á traerle cartas; otros días baja olla y, ahí arriba, en los soportales de la calle Imperial, *enonde* esta la cubería, se ponen á ha-

blar: él no es *mu* jovencito; es un *cabayero* ya formal, ¿entiende vd.? *pá* una joven lo peor.

—¿Está vd. segur?!

—Como de que estos pelos fueron negros — repuso, mostrándole el moño encanecido. — Yo, la verdad... si *hubiá* sido otra cosa, vamos al decir... novio *toas* las chicas lo tienen; pero que *se hable* con un *cabayero*.... *ma-pareció mu* feo, porque los señores, cuando buscando mocitas... ya *sabusté pa* lo que las quieren.

Pepe, avergonzado y mohino, esquivó la mirada: la ira y el rubor le sellaron los labios.

—¿Me está vd. dando lástima! Vámos, den Pepito, que no sé como *tié pacencia*. La *señá* Manuela, con los años, es más vieja que yo, no sabe ya lo que se pesca; pero esa chica, si no la ata vd. corto, se va á hacer una *estrozona*..... de esas que andan por ahí.

—Descuide vd., que yo pondré remedio. A ella no le diga usted nada, y muchas gracias por el aviso.

El segundo disgusto fué adquirir el convencimiento de que, tal vez muy pronto, le agregarían á un cuerpo y que, en cuanto esto suceviera, tendría que salir de Madrid el día meos pensado.

La guerra, extendiéndose y encarnizándose, obligaba al Gobierno á emplear recursos extraordinarios: á cada noticia del levantamiento de partidas ó del engrosamiento de las que ya existían, era necesario enviar nuevos refuerzos á las Provincias Vascas, á Cataluña, á Navarra y al Maestrazgo. El Ministerio de la Guerra, las Direcciones de las Armas y otros centros militares, estaban llenos de soldados y oficiales que, protegidos por recomendaciones, habían encontrado medio de burlar su mala suerte, librándose de incorporarse á sus batallones; y el abuso adquirió tales proporciones, que fué necesario evitarlo.

Cuando más tranquilos estaban los interesados, se dió la orden de que, en el plazo de tres días, todos los individuos colocados en las dependencias del Ministerio en los seis últimos meses ingresaran en sus respectivos cuerpos, cualquiera que fuese su procedencia; y como esto significaba la ineludible precisión de salir á operaciones de la noche á la mañana, Pepe decidió llevar á término su propósito. Respecto á su padre, todo lo tenía previsto; lo que había de hacerse era tan sencillo como triste; trasladarle en una camilla á casa de Engracia, y llevar luego su cama, sus ropas y

algunos muebles, más útiles para conservarlos que para vendidos. La dificultad estaba en la determinación que tomaran Doña Manuela y Leocadia. ¡Qué harían? De obstinarse en seguir viviendo en la calle de Botoneras, ¿con qué recursos? Y para buscar otra habitación, ¿de qué medios dispondrían? No se ocultaba al claro entendimiento de Pepe que, aun estando hartado de razón, no debía arrojar á la calle á su madre y su hermana; mas también veía que el fanatismo de Doña Manuela y la ulterior conducta de Leocadia podían dar por resultado durante su ausencia el total abandono del pobre viejo.

—Habla tú con ellas—dijo Pepe á Millán, tratando de esto. A mi me falta valor, y puede también que me falte calma.

—Veré á tu madre.... Con Leo no hablo.

--Como quieras.

--¿Cuándo te parece que dispongamos el trasladar á tu padre?

—Ese se hace en una mañana; Lo principal es que las hables. ¡Si las tocara Dios en el corazón! ¿Y que hago yo si no quiere irse de la casa?... y aunque se presten á ello, ¿dónde se van á meter y cómo van á vivir?

¡Parece mentira que hayamos llegado á tener que pensar en esto!

No quiso Millán buscar á doña Manuela en su casa, por no ver á Leocadia; mas deseoso de cumplir el difícil encargo de Pepe, fué á la "Limosna de la luz." El primer viaje lo hizo en balde: doña Manuela se negó á recibirle. A la segunda tentativa, le dijeron que no podía salir porque estaba "en oración," pero que rogaba dijera al capellán, su hijo, lo que tuviese por conveniente.

Entró Millán en el mismo cuarto de visitas donde días antes fué recibido Pepe, cuando pretendió ver á su madre, y á los pocos minutos se presentó Tirso. A pesar de lo muerto que, por obra del cariño de Engracia, estaba el amor de Millán á Leocadia, la presencia del cura le impresionó desagradablemente, recrudeciéndose en su corazón el enojo hacia aquel hombre, que dió al traste con sus primeros amores. No se resistió por ello á habérselas con el cura: la ocasión venía rodada por tratarle sin miramientos y, además, siempre era mejor entenderse con él que con su madre, cuya bondad pasada no existía, y cuya cordedad de antaño no se habría, de fijo, corregido. Prefirió el riesgo de tener una

escena violenta con el hombre, á la perspectiva de luchar con la debilidad ó la resistencia pasiva de la anciana.

—¿En qué puedo servirle?—le preguntó Tirso.

—Venga de parte de Pepe [*Sentándose.*]

—¿Qué quiere ese desdichado?

No era necesario tanto para acibarar el diálogo.

—Pues ese desdichado ha tenido un rasgo para salvar á su padre de la miseria, que no sé si usted sabrá apreciar, ocupado, como aquí está, en cosas más serias.

—Supongo que no habrá usted venido á ofenderme ni á profanar esta santa casa—repuso el cura, poniéndose de pie.

Millán continuó imperturbable, hablando sin levantarse de su asiento.

—En pocas palabras pondré a usted al corriente de lo que ocurre. Pepe no podía ver con indiferencia que la miseria se le iba entrando por las puertas de la casa y que sus esfuerzos eran inútiles para evitarlo. El aseo, el orden y la economía de Doña Manuela y de Leocadia, ayudaban antes á que la familia viviera en paz y desahogadamente; él, con su trabajo, buscaba lo que hacía falta, ellas,

con sus habilidades y cuidados, suplían lo que el dinero no lograba.

—Vivían desdichadamente sin religión...

—Vivían felices sin reñir nunca por nada, sin que hubiese entre ellos la menor desavenencia, hasta que usted llegó á Madrid. A los quince días varió la decoración

—Repito que no toleraré....

—Un poco de paciencia y acabaremos pronto. Traigo propósito de que me oiga. En unos cuantos meses, no solo han llegado á escasear todos los recursos, sino que la actitud de Doña Manuela y de Leocadia esteriliza los pocos de que se puede echar mano. Un hecho hay que refleja lo que sucede: esa pobre señora ha llegado al extremo de faltar á su casa por la noche. En cuanto á Leocadia, ¡sabe Dios como acabará! pero se me figura que no se inclina al amor místico. La jubilación de Don José está empeñada no sé por cuantas mensualidades, y lo mismo sucede con todo lo que á esa familia le quedaba de algún valor. Pepe no podía sostener la casa sin ayuda de su madre y su hermana: el jornal que gana en mi establecimiento era insuficiente.... No ignora usted los gastos que ocasiona la enfermedad de su padre. Para terminar, Pepe ha

adoptado una resolución propia de su carácter; ha entrado en el ejército como sustituto, para poder disponer de una cantidad de alguna consideración que le permita hacer frente al conflicto; y en vista de que ya no tiene, ó como si no tuviera, madre ni hermana, ha resuelto que Don José viva en compañía de quien le cuide y atienda. Hemos procurado que Pepe no saliera de Madrid; pero las circunstancias pueden más que nosotros, y ha sido destinado á un cuerpo que quizá de un momento á otro reciba orden de marchar....

—Y ¿qué tengo yo que ver con todo eso!

—En una palabra, Pepe se hace cargo de su padre, porque comprende que dejarle con doña Manuela sería peor que dejarle solo. En cuanto á esa señora y su hija, mi amigo no puede tomar igual determinación, y, aunque la adoptase, sería en balde. ¿Ella no quiere recibirme? Pues vd. verá lo que deciden.

—Yo, ¿qué he de decidir? Nada.

—¿No entiende vd., ó no quiere entender! Don José va á ser trasladado en breve á la casa elegida por su hijo. Esas señoras resolverán lo que estimen oportuno.

—En plata; que su amigo de vd. arroja á la calle á su madre y á su hermana.

— Quien se hace cargo de don José, para que al menos muera tranquilo y entre sábanas limpias, soy yo; ¿se entera vd.? y á mí, no me acomoda cargar con más gente.

— ¿Sabe vd. la responsabilidad que contrae?

— No he venido á pedirle á vd. consejo, sino á decirle que, tan pronto como no sea necesario, sacaremos á don José de la casa de la calle de Botoneras, y que, á partir de ese momento, Pepe renunciará á cuanto hay allí, excepto la cama de su padre y algunos otros trastos. De todo lo demás, que disponga doña Manuela.

Calló Millán, esperanzado con que el cura, viéndose en la obligación de amparar á las dos mujeres, se brindase á darlas consejos de prudencia; pero lejos de esto, sonrió, fingiendo calma, para exasperar á su interlocutor, y dijo:

— De modo que vd. ha venido á notificarme la expulsión de mi madre y de Leocadia. ¡Cómo ha de ser! No imaginé que ese infeliz se atreviese á tanto! ¡Dios le perdone! Yo me hago cargo de ellas. Es decir, á mi madre, que ya es vigilanta de los talleres de esta hermandad, haremos que se le disponga aquí en

cuarto á que tiene derecho. La Religión acorregirá á los maltratados por la impiedad. En cuanto á Leocadia, veré si consigo la protección de estas santas mujeres. El Señor no nos abandonará. . . . Diga vd. á mi hermano que lo que hace no tiene perdón de Dios. ¡Este es el resultado de sus ideas y de su falta de creencias!

— Dejemos de recriminaciones, y vamos á ver si la buena voluntad de todos enmienda los yerros pasados. ¿Cree vd. que pueda ponerse aún remedio al mal?

— ¿No viene vd. á decirme que mi hermano se desatiende de mi madre, y de Leocadia?

— Ya que ha sido vd. autor del daño, intente vd. algo para aminorarlo. Quiere usted aconsejar seriamente á doña Manuela que no olvide los deberes de su situación, que cuide de su casa y su marido, en fin, que vuelva á ser la buenísima mujer que fué siempre? Reflexiónelo vd. . . . y evitará grandes desgracias.

— Sí, y de paso evitaré que tenga vd. que cargar con el enfermo.

Enfadado Millán con tal grosería sólo atendió á mortificar al cura.

— No hablemos más — le dijo — es vd. in-

capaz de comprender el rasgo de su hermano, ni el deseo que me ha traído aquí. Ha hecho vd. en su familia el papel de la zizaña en el sembrado.

—¡Parece mentira que se atreva vd. á hablar así trayendo el mensaje que acabo de oír! ¡Y aún tienen ustedes valor para acusarme! Este es el fruto que han dado el infame ateísmo de mi hermano y la punible tolerancia de mi padre. Vea vd. cuán fundados eran mis temores. Ni siquiera ha tenido valor para venir él mismo.

—Dé vd. gracias á Dios de que no lo haya becho, que no hubiese vd. salido bien librado. Pepe está seguro, y con razón, de que vd. es el responsable de cuanto está ocurriendo. La irritación de su ánimo es tal que la verdad, más vale que no se vean ustedes.

—Obré como me aconsejaba mi conciencia. No tengo la culpa de que, por haber comprendido mi madre y mi hermana que debían variar de conducta, hayan llegado las cosas á este punto. En fin, esto se acabó; mas tenga vd. presente que yo no he sido quien á causa de la ruina de la casa: yo no hice sino recomendar la observancia de los deberes religiosos. En cuanto á lo de que mi hermano pu-

diera propasarse conmigo,—añadió sonriendo como guapo amenazado—mire vd., tampoco á mí me faltan bríos.

La descarada sonrisa del cura y su ademán de amenaza, sacaron de quicio á Millán.

—No necesita vd. insistir en ello: conozco esa mansedumbre perfectamente sacerdotal.

—¡Caballero!

—Hombre, casi me alegro de que me haya usted dado ocasión de desahogarme. Con los santos, mucha humildad; con los hombres, todo soberbia. Por dar lustre al altar, sería usted capaz de lavarlo con sangre, y robar para adornarlo. Aquí concluyó nuestra entrevista. Ahora recomiende vd. á su madre que haga penitencia, ó que base alguna reliquia, para que Dios la perdone el mal causado.

—Tirso tuvo miedo, no al hombre, al escándalo, y sin desplegar los labios siguió á Millán con la visía, hasta que se cerró tras él la puerta.



su novio, que en voz baja se decían ternezas envueltas en desvergüenzas.

Iba faltando la claridad del día: muros, banquetas, espejos, banquetones dorados, todo se borraba, sorbido por las sombras, percibiéndose sólo, entre la obscuridad creciente, las superficies brillantes y rectangulares del mármol de las mesas. El matutero y el ultramarino se despidieron amistosamente, tal vez pensando cada cual haber engañado al otro. Después, un mozo que dormitaba sentado en un diván, se levantó á encender las lámparas de petróleo sobrepuestas á los aparatos de gas, y entonces, la pareja chula, disgustada con la iluminación, pagó y se fué.

Pepe, poseído de una tristeza rayana en la desesperación, carecía de calma para coordinar las ideas; esforzábese por adivinar lo que hubiera ocurrido; pero sus suposiciones y conjeturas quedaban suspensas, como truncadas por la inacción del pensamiento, que no podía fijarse ni insistir en nada. En vano quería, ahondando con la memoria en lo pasado, recordar algún rasgo, alguna acción de su madre que permitiera suponerlo capaz de ocasionar friamente la dispersión de la familia: todo esfuerzo era inútil, nada podía recor-

XXX

Pepe aguardó el resultado de la entrevista en un cafetín de las afueras cercano al convento. Allí esperó largo rato de codos sobre el mármol de la mesa, con la garganta seca por el mucho fumar; mortificada la imaginación por la impaciencia y mirando sin cesar á un reloj colocado en la parte alta del mostrador y cuyas lentas manecillas le parecían pegadas á la esfera.

El local estaba casi desierto: los parroquianos de por la tarde se habían ido, y para los de la noche era temprano. Sólo quedaban, junto á una ventana, un corredor del matute paladeando medias copas en compañía de un tendero de ultramarinos, y al extremo opuesto, en lo más obscuro del local, una chula y

dar que árguyese en contra de la que siempre fué buena y cariñosa. La doña Manuela posterior á la llegada de Tirso, parecía borra- da de la imaginación de Pepe, surgiendo en su lugar la madre amantísima, *la de antes*, como si le repugnase considerar nada que aminorarse la grandeza del bien que iba á perder. Los errores, las culpas y faltas de aque- llos últimos meses, se desvanecían ante el re- cuerdo de los mismos de la infancia, las cari- cias de la juventud y los cuidados de siem- pre.

De pronto se abrió la puerta de cristales, que daba á la ronda, y entró Millán, yendo á sentarse junto á su amigo. Venía mal enca- rado, con los ojos aún brillantados por la ira

—¿Qué ha sucedido? ¿Las ha visto?

—No me han dejado verla. La batalla ha sido con tu hermano.

—¿Y qué?

—Lo peor. . . . Es necesario tengas valor y sangre fría. ¡Me han dado ganas de pegar- le! Tu madre se queda de vigilanta, no hay poder humano que la arranque de allí; pero lo más irritante es que adoptan el papel de víc- timas, y dice Tirso que, abandonadas por tí,

él procurará que las recojan. . . . en fin, un se- cuestro en regla, sin que podamos hacer nada para evitarlo. Además, sería imposible encon- trar juez que se atreviera á meterse con la hermandad ó lo que sea.

Pepe, sin contestar, dejó caer tristemen- te la cabeza el pecho. El mozo que se había acercado á preguntar á Millán lo que quería tomar, se alejó, sin atreverse á pronunciar palabra.

Tras unos segundos de silencio, esforzán- dose por parecer sereno, Pepe se limpió el ros- tro con el pañuelo, diciendo:

—¡Sea lo que Dios quiera! ya no me im- porta nada lo demás. Confío en que Engra- cia y tú cuidaréis de papá: me iré tranquilo.

—¿Pero es seguro que te obliguen á salir de Madrid?

—Inevitable: el regimiento ha recibido ya la orden. Hoy es jueves: mañana ó pasado nos darán no sé qué cosas por administración militar, para completar los equipos, y al otro por la tarde nos vanos.

—¿El domingo?

—Sí.

—Siendo así, de hoy al sábado tenemos que llevar á don José á casa de Engracia.

—No hay otra solución. ¿Cómo he de dejarle expuesto á que mi madre y Leo se desentiendan de él en absoluto? Mientras ellas alumbran al Santísimo, se muere mi padre el día menos pensado, sin tener quien le ampare. Mañana te daré también el dinero que me queda: con llevarme quince ó veinte duros, tengo de sobra. No habrá muchos que lleven más.

—¿A qué hora lo hacemos?

—El sábado por la mañana iré yo á despedirme de Paz: ¡Me cuesta un trabajo!... Casi me dan ganas de escribirla, y nada más. Luego, por la tarde, á la hora que quieras. ¿No me dijiste el otro día que conocías un médico de la casa de socorro? Como papá no puede ir por su pie, y el encajonarle en un simón sería incómodo porque no podría llevar las piernas extendidas... si lograses que nos dejaran una camilla...

Cuenta con ella. ¿Tienes seguridad de estar libre á la hora que convengamos?

—Sí: la recomendación que me procuraste para el coronel lo allana todo: me ha dicho esta tarde que basta con que esté desde temprano á su lado el día de la marcha, es decir, el domingo.

—Pues, chico, no hay más que hablar, y paciencia.

—¿Crees que no debo intentar ver á mi madre? ¿No piensas que se ablanlaría si yo la hablase?

—No te dejarían; y además, te conozco. Vas allí, armas una marimorena horrorosa, y nos echamos encima otra complicación.

—Quizás tengas razón.

—Respecto á don José, puedes estar tranquilo, "aquella" le cuidará bien y yo..... vamos, me parece una tontería hacer promesas.

—Vámonos; quiero pasar las noches que faltan con mi padre.

—Convengamos antes la hora. ¿Te parece bien á las tres?

—Como quieras. Yo lo tendré todo dispuesto.

¿Qué muebles piensas enviar á casa de Engracia?

—Entre mañana y pasado mandaré una cómoda, un armarito, una lámpara y dos bañastas con ropa: la cama y la butaca, el potro, como papá la llama, no podrán llevarse hasta el último momento.

—Bueno; pues ya lo sabes, por si antes no

nos vemos; el sábado á la tres, sin falta, voy con la camilla.

—Asunto terminado.

Ya anocheciendo, salieron juntos del café y Millán dejó á su amigo cerca de la calle de Botoneras.

Pepe pasó toda la noche junto á su padre. Hasta las nueve conservó esperanza de ver llegar á la madre; pero, poco más tarde, vino sola Leocadia, diciendo que doña Manuela se quedaba de guardia. En aquel momento sufrió el pobre muchacho el verdadero desengaño y, perdida toda esperanza, acostó al padre. Apenas hablaron. El viejo, en quien el egoísmo y el temor á la falta de asistencia hacían gran mella, preguntó á su hijo:

—¿Tiene seguridad de que esa chica me tratará bien?

—Sí, Engracia está perdidamente enamorada de Millán y, por tenerle contento, se esmerará en cuidarte. En realidad no has de serles gravoso, porque yo les dejo dinero para cuanto necesites.

—Y ¿crees que tu madre no vendrá?

—No lo espero, papá; no hablemos más de eso. Me parece mentira lo que está pasando.

—A mí también.

—Vaya, á descansar.

—No podré, hijo mío; no podré.

Media hora después, estaba profundamente dormido.

.....

Como arreglo á lo convenido entre Pepe y Millán, el viernes llevó á casa de Engracia varios muebles, en diversos viajes, y dos bastas de ropa, quedando en la calle de Botoneras la cama y la butaca de D. José, que no podrían sacarse de allí hasta ser trasladado el enfermo. El sábado, Pepe se vistió temprano para ir á despedirse de Paz; y su hermana, sospechando, por el traje que se ponía, cuál era el objeto de su salida, corrió á visitar á Tirso.

Pepe, entre tanto, se avió pronto, con propósito de llegar al *hótel* antes de que Don Luis concluyera de vestirse y saliera al despacho, seguro, por este medio, de poder hablar un rato con su novia. En el camino estuvo dos veces á punto de volver pies atrás: por fin, el deseo de verla pudo más que el temor de la separación. Al entrar en el cuartito de la biblioteca, donde habia nacido aquel amor que era la única alegría de su vida, casi le faltaron fuerzas. Creía que, con el tormento de

pensar en su madre durante la pasada noche, había agotado todos los sufrimientos imaginables; y, al ver cercano el momento de alejarse de Paz, sintió que aun le cabía en el alma más dolor. ¡Qué grande y hermoso apareció, en cambio, á sus ojos, el carifio de su amante! ¡Qué contraste formaba aquella pasión desinteresada con la conducta de su madre! Esta debió consagrarle la vida, y huía de él, trastornada por una aberración, sin que con el amor maternal supiera vencer al fanatismo, mientras la señorita, colocada en esfera propicia á despertar ambición y orgullo, le ofrecía su porvenir, sin que lo lejano del bien á que aspiraba enfriase el fervor de sus promesas, sin que le arredrasen la desigualdad social ni la pobreza del hombre á quien quería.

Apenas oyó Paz el ruido de los pasos de Pepe, fué al despacho:

—No nos van á dejar solos más que unos minutos: Papá está concluyendo de vestirse: dime lo que hay, pronto.

--Me voy mañana.

—¿No hay esperanza de evitarlo?

—Ninguna; mañana, sin falta.

—¿Y tu madre?

— Todo ha sido inútil: se queda en el convento.

¿Y tu padre?

— Esta tarde le llevo á casa de mi amigo Millán.

—¿Es cosa resuelta?

— Sí.

—¿Tienes confianza en mí? ¿Crees que yo puedo ofenderte, sea cual fuere lo que te diga?

Nó, alma mía. Habla sin miedo.

— Mira, Pepe: yo tengo ahorritos de lo que papá me da todos los meses para alfileres: muy poco. . . . ¿lo quieres? No para tí nó; para tu padre.

Nó vida mía, gracias: no quiero nada.

—Pues dime que no te ofendes porque te lo haya dicho.

—Tú no puedes ofenderme, aunque quieras.

Paz cogió á su novio la mano, y viendo que llevaba el anillo que le había dado, se la acercó á su pecho, oprimiéndosela fuertemente, mientras, mirándole con fija, le dijo:

—Te llevas mi alma, Pepe, y la promesa de que no seré de nadie más que tuya.

—Yo te juro que ni he querido, ni querré nunca más que á tí.

Ella entonces, en un arranque de impudor admirable, sin sombra de torpeza en el pensamiento, le echó al cuello los brazos, murmurando suplicante en su oído:

=¡Bésame.

Y él, estrechándola contra su corazón, la besó en la boca y en los ojos.

Pocos instantes después entró don Luis, oyendo las causas de la determinación de Pepe, le prometió interesarse en favor suyo para facilitarle pronto regreso á Madrid, con destino á cualquier oficina militar: dióle él gracias y se despidieron. Paz al verle marchar, se entró á su gabinete, y desde allí, apollada la frente en la vidriera del balcón, le vió perderse entre los árboles del paseo, como el primer día que se hablaron.

En seguida se echó en una butaca y lloró, sin que el dejo dulcísimo de aquel beso, que aún creía sentir sobre la boca, bastase á mitigar la amargura que la inundaba el alma.

XXXI

Sabedor Tirso, por Millán de la resolución que adoptó su hermano, y enterado, por Leocadia, de cuándo había de despedirse de Paz, creyó llegado el instante propicio para dar el golpe que fraguaba. Desde que, primero la Condeseda de Astrogüela, y luego las personas que para ello tenían autoridad en las *Hijas de la Salve* le encargaron que procurase quebrantar la entereza de don Luis de Agreda respecto á su negativa en lo de la cesión del terreno que poseía inmediato al convento, no dejó de pensar en el asunto, pero sin hallar modo de acometer la empresa con esperanza de éxito. Dirigirse en derechura al señor de Agreda, era bobada: un hombre de sus antedecentes políticos no se expondría por